

## Afganistán, tumba de imperios

**William Dalrymple nos traslada al universo victoriano de la India británica, la Rusia zarista, y la Persia y el Afganistán del Gran Juego en un apasionante relato que evoca al mejor Kipling; Una apasionante crónica del mayor desastre imperial británico con enormes paralelismos con la actualidad y las recientes invasiones de suelo afgano.**



**El retorno de un rey. Desastre británico en Afganistán 1839-1842**  
 978-84-123239-0-0  
 560 páginas + 32 en color  
 15,5 x 23,5 cm  
 Rústica con solapas  
 P.V.P. 27,95 €

En la primavera de 1839, cerca de 20 000 soldados de la Compañía Británica de las Indias Orientales, encabezados por emperifollados lanceros con casacas escarlata y chacós emplumados, cruzaron los pasos de alta montaña para invadir Afganistán y restablecer en el trono al Shah Shuja al-Mulk. Sin embargo, tras dos años de relativamente pacífica ocupación, el pueblo afgano respondió a la llamada a la yihad y el país entero estalló en una violenta rebelión. La Primera Guerra Anglo-Afgana terminó en la mayor humillación militar británica del siglo XIX: un ejército entero de la entonces nación más poderosa del mundo acosado hasta la completa aniquilación por «bárbaras» tribus de «harapientos» montañeses. *El retorno de un rey*, contado a través de las vivencias de personajes inolvidables y pintorescos de ambos bandos, es el mejor relato la Primera Guerra Anglo-Afgana, en el que por vez primera se emplean las crónicas afganas contemporáneas del conflicto. El galardonado historiador William Dalrymple narra con maestría el mayor desastre de la Gran Bretaña imperial en un libro que puede leerse como una aguda parábola acerca de la ambición colonial y la colisión cultural, de la insensatez y la arrogancia, en un momento en el que el mundo todavía no era finito ni estaba cartografiado al detalle, en el que los intereses políticos y comerciales se conjugaban con el exotismo y la aventura.

**Ganador del Hemingway Prize**  
**Ganador del Kapuściński Prize**  
**Finalista del Samuel Johnson Prize**  
**Finalista del Duff Cooper Prize**  
**Finalista del Hessel-Tiltman Prize**



**William Dalrymple** es un reconocido historiador y escritor escocés, miembro de la Royal Society of Literature y de la Royal Asiatic Society y autor de obras tan relevantes como *El último Mogol*, *La ciudad de los djinns* o *El retorno de un rey*. Sus libros han recibido numerosos premios y galardones, entre ellos el Duff Cooper Memorial Prize, el Thomas Cook Travel Book Award, el Sunday Times Young como escritor británico del año, el Hemingway, el Kapuściński y los Premios Wolfson. Ha sido cuatro veces candidato, y una preseleccionado, para el Premio Samuel Johnson de no ficción.

En librerías el miércoles 2 de junio. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

### Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - [comunicacion@despertaferro-ediciones.com](mailto:comunicacion@despertaferro-ediciones.com)

[www.despertaferro-ediciones.com](http://www.despertaferro-ediciones.com)



# DOSIER DE PRENSA



# SE HA DICHO SOBRE EL LIBRO

«Genial [...]. Aquellos que hayan leído *White Mughals* y *El último mogol* saben a lo que se exponen: un estilo muy fluido, profunda humanidad y, sobre todo, una extraordinaria habilidad para evocar el mundo perdido de los mogoles y los afganos [...]. Los retratos de los personajes son una verdadera obra de arte [...] *El retorno de un rey* es la más rica y poderosa descripción del primer encuentro de Occidente con la sociedad afgana.

John Darwin, *New York Times*

«Soberbio [...] los acontecimientos descritos en el *El retorno de un rey* todavía, incluso ciento setenta años después, siguen teniendo el poder de conmovernos y así es como debe ser. Esperemos que cualquier futuro líder de los británicos que se plantee intervenir en Afganistán, o en cualquier otra parte del mundo musulmán, lea el libro de Dalrymple».

*Financial Times*

«La escritura de Dalrymple es cautivadora, inteligente y de gran picardía. Sus historias se leen como si fueran novelas [...]. Este libro, placentero y aterrador a un tiempo, señala con el dedo a las dos partes envueltas en el conflicto por sus engaños, sus traiciones y su crueldad [...]. Magnífico».

*Wall Street Journal*

«Fruto de una extensísima investigación, gracias a la cual ha aportado abundante y nueva documentación, el libro cuenta la historia desde ambos puntos de vista, el de los invasores y el de los invadidos, y constituye, con diferencia, el relato más exhaustivo del conflicto escrito hasta la fecha».

Saul David, *Daily Telegraph*

«William Dalrymple es un maestro de la narración, que instila tal pasión, vivacidad y sensación de realidad a los personajes históricos de la Primera Guerra Anglo-Afgana (1839-1842) que, al final de las casi quinientas páginas, sientes que has marchado, luchado, cenado y confabulado con todos ellos: cuando la terminé de leer, volví a empezar».

*Independent*

«Una obra de arte [...]. Dalrymple hace una contribución esencial al incluir fuentes afganas acerca de la guerra recientemente descubiertas».

*Washington Post*

«Una contribución esencial a la historiografía del sudoeste asiático y del Imperio británico [...]. *El retorno de un rey* llegará a convertirse en la crónica definitiva del primer intento de los occidentales, y también el más desastroso, de invadir Afganistán. El epílogo de Dalrymple debería estar en el *syllabus* de las universidades a ambos lados del Atlántico».

Sherard Cowper-Coles, *New Statesman*

«Épico, apasionante, lleno de suspense y, por momentos, del todo aterrador, fruto de una profunda investigación y con un ritmo excelente a la vez, *El retorno de un rey* debería ganar todos los premios a los que opte».

*Bookforum*

«El mayor logro de William Dalrymple es combinar una visión de conjunto ininterrumpida en un amplio lienzo con su ojo de lince para los detalles y la capacidad de un director de cine para saber cuándo cambiar el tono y el punto de vista. La viveza de su estilo contrasta con la seriedad de sus oportunas conclusiones. Cualquier intento de subyugar Afganistán debe, como uno de los testigos de esa invasión señaló, "ser temporal y transitorio y terminar en una debacle"».

*Intelligent Life*

«Dalrymple en estado puro: un ritmo vertiginoso en una narración histórica documentada de forma meticulosa [...]. Mi única pega es que este maravilloso libro no fuera publicado hace diez años».

*Evening Standard*



# ENTREVISTA A WILLIAM DALRYMPLE

**En primer lugar, hablemos de su libro, *El retorno de un rey*.**

*El retorno de un rey* es un enorme tope para sujetar la puerta de 600 páginas sobre el mayor desastre imperial que jamás haya sufrido el Imperio británico. En 1839, una tropa de 18 000 efectivos de la Compañía de las Indias Orientales, 30 000 camellos y 20 000 asistentes marcharon a Afganistán, junto con 300 camellos que transportaban la bodega del regimiento, 30 que llevaban cigarros puros y uno solo con agua de colonia, y todo para volver a colocar en el trono de Afganistán al gobernante que había sido derrocado 30 años antes, Shah Shujah.

Dieciocho meses después los británicos, tras los disturbios provocados por una gran insurgencia, se dieron por vencidos y marcharon de regreso a la India. De las 18 500 personas que habían salido de Kabul, solo un hombre llegó a Jalalabad: fue un completo desastre. Lo que para Gran Bretaña fue su mayor humillación imperial, para los afganos es su mito fundacional. Lo que la batalla de Inglaterra o Trafalgar es para los británicos, lo que Michael Collins y el Alzamiento de Pascua es para los irlandeses, lo que Garibaldi y el *Risorgimento* es para los italianos, o lo que Washington

El bazar de Kabul durante la ocupación británica.

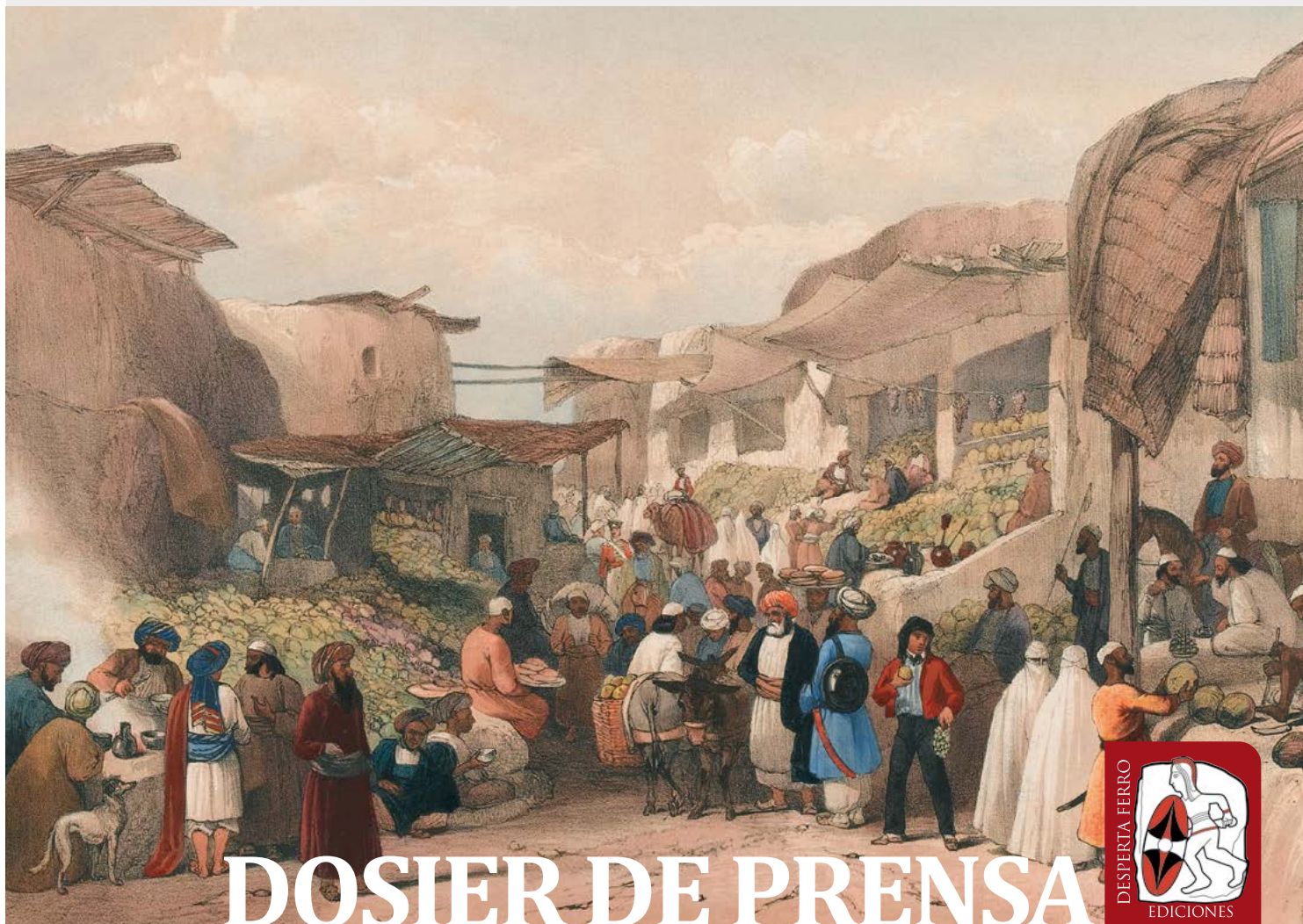
y Yorktown es para los estadounidenses. Esto es para los afganos.

Es algo que recuerdan, el momento más crucial de su historia. Y cada vez que otras nuevas potencias imperiales vuelven a intentar hacerse con Afganistán por la fuerza, recuerdan esto y sonríen.

**Cuando se documenta para un libro así, ¿cuánto tiempo le lleva, y cuándo sabe que debe detenerse? ¿Cómo sabe cuándo parar?**

Algunos podrían decir que no saben cuándo parar. Este tipo de libros, grandes narrativas de la historia, son grandes proyectos. Solo te lanzas a la piscina si tienes tres o cuatro años, tal vez cinco o seis años para invertir en ellos, y estás seguro de que al final, alguien querrá leerlo. Entonces, en cierto sentido, es una gran apuesta, es como iniciar un negocio e invertir todos tus recursos en él.

Tengo un sistema de documentación muy anticuado. Uso índices de tarjetas, una línea de tiempo en mi portátil y, durante un período de entre cuatro o cinco años, reuní la documentación que pude encontrar en Delhi y en Pakistán –acceder a las fuentes afganas en Kandahar, Herat, Kabul o Jalalabad fue más difícil, y peligroso–.



## DOSIER DE PRENSA



Pones un poco tu vida en riesgo cuando vas a Kandahar; mientras que Kabul no estaba tan mal, Jalalabad y Kandahar no son dos lugares a los que vaya a regresar pronto, creo.

### **Cuéntanos sobre las fuentes primarias sobrevivientes de Afganistán...**

Curiosamente, la realidad es que hay archivos nacionales extremadamente bien conservados en Afganistán. Los talibanes pudieron haber derribando los museos, pero no los archivos. Las fuentes más ricas que encontré fueron dos poemas épicos extraordinarios escritos inmediatamente después de la guerra, casi mitologizados pero que contienen mucha información interesante sobre las actitudes afganas hacia los británicos. Hay uno llamado *Jangnama*, y otro llamado *Akbarnama* en honor al principal luchador por la libertad afgana de esa época. De hecho, el principal enclave diplomático de Kabul

darse cuenta de que este hombre podría serles útil en el futuro.

### **En los últimos años hemos visto mucho Afganistán en las noticias, generalmente no de forma positiva. ¿Qué espera que los lectores entiendan al leer este libro sobre Afganistán?**

Este no es un libro político sobre el Afganistán moderno y no pretende ser una guía práctica para futuros invasores ni nada por el estilo. Es un libro de historia sobre un período histórico. Y, en primer lugar, esperaba que la mayoría de los lectores obtuvieran lo que obtienen de cualquier buena novela o cualquier buen trabajo, que es un elenco de personajes increíble, una historia extraordinaria y, con suerte, escrita de una manera muy accesible e interesante.

Lo primero y principal es que este es un libro que ha sido escrito para ser leído, no es una panacea integral de los errores coloniales en Afganistán. Pero creo que,



*Escenas de un regimiento de Bengala en marcha.* Es posible que este precursor victoriano del cómic muestre al Ejército del Indo en su travesía por Sind de camino a Afganistán.

hoy en día sigue llamándose Wazir Akbar Khan, en honor al hombre que derrotó a los británicos. También está –y esto es, en cierto sentido, lo más valioso que encontré– la autobiografía del hombre que los británicos instalaron en el trono.

### **Háblanos de Shah Shuja, el rey afgano instalado en el trono por los británicos**

Hoy pensamos en Afganistán como ese país pobre e ignorante asolado por la guerra. Pero en la Edad Media, Afganistán fue uno de los grandes centros culturales de la región. Y Shah Shuja es, en cierto sentido, el último reflujo de este momento. Es un gran admirador de los jardines y conocedor de la poesía. Es una figura enormemente civilizada y, según los estándares de la época, misericordioso, indulgente y liberal.

A principios de 1800 este tipo, que heredó los restos del imperio de su abuelo a la temprana edad de 17 años, fue expulsado. Se refugió en la India, donde los británicos lo retuvieron y le dieron una pensión al

obviamente, tiene una resonancia contemporánea y esa es una de las razones por las que lo escribí, que hemos estado allí antes y nunca hemos aprendido las lecciones de la historia. Como dijo Hegel: “La única cosa que se aprende de la historia es que nadie aprende de la historia”.

### **Sí, eso es verdad. Como historiador, quiero decir, que debe encontrarse sacudiendo la cabeza con consternación a veces cuando estás investigando y te das cuenta de que, ya sabes, hemos hecho todo esto de nuevo.**

Sí, es asombroso para mí, hasta el punto en que el tipo que pusimos la última vez, Shah Shujah, era el jefe de la tribu Popalzai; el actual jefe de la tribu Popalzai es Hamid Karzai. La tribu que derribó a Shah Sujah, los Ghilzai, que hoy forman los soldados de infantería de los talibanes, y el jefe de los Hotak en Ghilzai, el líder de todos ellos es Mirwais. Así, es exactamente la misma lucha tribal 170 años después. Y los británicos cometieron los mismos



Las tropas británicas de ocupación encontraron irresistibles a las mujeres de Kabul, lo cual tuvo consecuencias desastrosas.

errores, como los que cometemos ahora, entrar a un país sin tener una idea clara de cómo salir, quedarse sin ser bienvenidos e irse un poco con el rabo entre las piernas, como han hecho los estadounidenses ahora.

### **¿Cuál es tu opinión sobre las percepciones modernas de Afganistán después de investigar una guerra que tuvo lugar hace más de 150 años?**

Al igual que un comentarista ignorante de Fox piensa que cualquiera que se resista a los estadounidenses es un talibán, y que es un intolerante y un fanático, los británicos de aquel período tendieron a ver masas de afganos barbudos, todos fanáticos religiosos, luchando contra ellos.

Pero las fuentes afganas te permiten ir más allá y comprender los motivos individuales, las razones individuales, para tomar las armas. Y como un buen reportero de hoy que puede dar complejidad a cualquier cosa que suceda, un buen periodista que trabaje en Afganistán podrá explicar las motivaciones de todas las partes.

### **¿Cuán relevantes son las lecciones de la Primera Guerra anglo-afgana para la situación actual?**

Bueno, la lección más obvia es que puedes invadir y ocupar Afganistán, por tu cuenta y riesgo. Afganistán es famoso por ser un lugar que defiende su independencia con mucha determinación. También es un lugar muy caro de ocupar, y creo que es un factor subestimado.

Todo el mundo sabe que los afganos son feroces luchadores, pero que pocas personas han asumido que cada ocupación sucesiva de Afganistán se ha visto frustrada, en última instancia, por el coste que acarrea. No es que los afganos no puedan ser derrotados, pueden serlo si se pone el suficiente poderío militar

y dinero. Pero para hacerlo tienes que enviar miles de efectivos. Tienes que guarnecer todos los valles. Tienes que abastecer a las tropas en cada valle remoto donde tengas una guarnición.

Es una empresa muy onerosa. Hizo polvo a la Compañía de las Indias Orientales. Derrotó a los soviéticos en las décadas de 1970 y 1980; su economía quedó destrozada por la invasión de Afganistán. Y finalmente, ha quebrado el respaldo de la balanza de pagos estadounidense. Los estadounidenses han perdido una fortuna en Afganistán a cambio de muy pocas ganancias.

### **¿Cuán relevantes son las lecciones de la Primera Guerra Anglo-Afgana para el futuro de Afganistán, mientras otra gran potencia culmina el abandono del país?**

Una cosa que hay que decir claramente es que Afganistán es un lugar difícil de gobernar, para cualquiera. Hay muchos grupos étnicos diferentes. La geografía no se presta a un gobierno centralizado basado en un solo lugar. Y ha habido muy pocos períodos en la historia en los que Afganistán haya sido centralizado y gobernado con éxito desde un centro fuerte. En general, Afganistán ha estado fracturado, descentralizado y, como dice el dicho pastún, “todo afgano es un jan” (un rey).

Creo que el resultado más probable de los próximos años es de nuevo un período de descentralización, cuando Kabul deje de ser la base centralizadora para los asuntos de los afganos en la periferia como lo es hoy. Y me temo que nos espera otro período de derramamiento de sangre y posiblemente de caudillismo de nuevo. No creo que mucha gente sea muy optimista sobre el futuro.



# ÍNDICE

Agradecimientos

Mapas

*Dramatis personae*

Los Sadozais y los Barakzais

- 1 Un lugar difícil de gobernar
- 2 Una mente atribulada
- 3 Comienza el Gran Juego
- 4 La boca del infierno
- 5 El estandarte de la guerra santa
- 6 «Fracasamos por nuestra ignorancia»
- 7 Y reinó el caos
- 8 El lamento de las cornetas
- 9 La muerte de un rey
- 10 Una guerra sin sentido

Notas del autor

Glosario

Bibliografía

Índice analítico

Los últimos supervivientes del 44.º de Infantería fueron descubiertos y rodeados al amanecer en la cima de la colina de Gandamak. Se encontraban en abrumadora desventaja numérica, pero decidieron librar su última batalla. Formaron un cuadrado y se defendieron, «haciendo que los afganos retrocedieran colina abajo en varias ocasiones», hasta que agotaron sus municiones y lucharon con sus bayonetas. En ese momento, fueron masacrados uno tras otro.



# DOSIER DE PRENSA

## CAPÍTULO 1

# UN LUGAR DIFÍCIL DE GOBERNAR

Por eso cuando, a principios de 1809, llegaron mensajeros del Punjab con noticias sobre la salida de una embajada de la Compañía de las Indias Orientales, desde Delhi, hacia el norte, que buscaba con urgencia una alianza con él, Shah Shuja tuvo razones de sobra para sentirse satisfecho. En el pasado, la Compañía había supuesto un problema importante



Shah Shuja, nieto de Ahmad Shah Abdali y jefe del clan de los sadozais, gobernó lo que quedaba del imperio de su abuelo desde 1803: «Nuestra intención», escribió, «era que, desde que subiéramos al trono, gobernaríamos a nuestros súbditos con tanta justicia y clemencia que estos vivirían felices bajo la sombra de nuestras alas protectoras». Seis años más tarde, fue derrotado por sus enemigos barakzais y se vio forzado a exiliarse a la India.

para los durrani, ya que sus disciplinados ejércitos cipayos habían hecho imposible los lucrativos saqueos de las llanuras del Indostán que, durante siglos, habían sido la principal fuente de ingresos de los afganos. Ahora parecía que la Compañía buscaba su apoyo; los informantes del sha le habían comunicado que la embajada ya había cruzado el Indo y se encontraba de camino a Peshawar, su capital de invierno. Esto no solo suponía una tregua en la tediosa rutina de asedios, detenciones y expediciones punitivas, sino que potencialmente proporcionaba a Shuja un poderoso aliado, algo que necesitaba con vital urgencia. Ninguna delegación británica había visitado antes Afganistán y ambos pueblos eran prácticamente desconocidos el uno para el otro, por lo que la embajada tenía la ventaja adicional de la novedad. «Designamos a algunos servidores de la corte real, reputados por su refinamiento y buenos modales, para ir a su encuentro», escribió Shah Shuja en sus memorias, «y se les ordenó hacerse cargo de todos los aspectos relacionados con la recepción de los huéspedes y que fueran tratados de manera apropiada, con prudencia y cortesía».<sup>4</sup>

Los informes que le llegaban a Shah Shuja indicaban que los británicos iban cargados de regalos: «elefantes con *howdahs* de oro, un palanquín protegido con una gran sombrilla, fusiles con incrustaciones de oro e ingeniosos revólveres con seis cámaras nunca antes vistos; relojes caros, binoculares, lujosos espejos capaces de reflejar el mundo tal y como era; lámparas adornadas con diamantes, jarrones de porcelana y utensilios con oro incrustado procedentes de Roma y China; un candelabro en forma de árbol y otros regalos de tanto valor y belleza que la imaginación se queda corta para describirlos».<sup>5</sup> Años después, Shuja recordaba un regalo que le deleitó especialmente: «Una gran caja que producía ruidos similares a voces, sonidos extraños en una gran variedad de timbres, armonías y melodías, de lo más agradables para el oído».<sup>6</sup> La embajada había llevado el primer órgano a Afganistán.

La verdadera razón detrás del envío de esta primera embajada británica a Afganistán estaba lejos de la India y de los pasos del Hindu Kush. Sus orígenes nada tenían que ver con Shah Shuja, el Imperio durrani o siquiera la complicada política de los príncipes del Indostán. En cambio, para seguir el



rastros de sus verdaderas causas, hay que dirigirse a la Prusia nororiental y a una embarcación en medio del río Niemen.

En ese lugar, dieciocho meses antes, Napoleón, en el cénit de su poder, se había citado con el zar, Alejandro I, para negociar un tratado de paz. Dicha reunión tuvo lugar tras la derrota de Rusia en la batalla de Friedland, el 14 de junio de 1807, en la que la artillería de Napoleón dejó veinticinco mil cadáveres en el campo de batalla. A pesar del duro golpe, fueron capaces de retirarse a su frontera sanos y salvos. Ahora los dos ejércitos frente a frente a ambos lados de los meandros serpenteantes del Niemen, con las fuerzas rusas reforzadas por dos nuevas divisiones y otros doscientos mil milicianos a la espera en la cercana orilla del mar Báltico.

El *impasse* se rompió cuando se informó a los rusos de que Napoleón no solo deseaba la paz sino una alianza. El 7 de julio, en una embarcación coronada con un pabellón blanco de estilo clásico decorado con un gran monograma con una «N», los dos emperadores se reunieron en persona para negociar un tratado más tarde conocido como la Paz de Tilsit.<sup>7</sup>

La mayor parte de las cláusulas del tratado se referían a temas sobre la guerra y la paz, no es casualidad que el primer volumen de la gran novela de Tolstói se titulara *Antes de Tilsit*. Gran parte de la discusión se centró en el porvenir de la Europa ocupada por los franceses, especialmente en el futuro de Prusia, cuyo rey, excluido de dicha reunión, recorría preocupado la orilla del río de arriba abajo a la espera de conocer si todavía tendría reino cuando el cónclave concluyera. Pero además de los artículos públicos del tratado, Napoleón incluyó varias cláusulas secretas que no se revelaron en el momento. Estas sentaron las bases de un ataque conjunto franco-ruso a lo que Napoleón consideraba la fuente de riqueza de Gran Bretaña. Se trataba, por supuesto, de la posesión más preciada de su enemigo: la India.

La toma de la India como medio para empobrecer a Gran Bretaña y romper su creciente poder económico había sido una obsesión para Napoleón, así como para otros muchos estrategas franceses anteriores, desde hacía mucho tiempo. Casi exactamente nueve años antes, el 1 de julio de 1798, Napoleón había desembarcado con sus tropas en Alejandría para dirigirse por tierra hacia El Cairo. «Llegaremos a la India a través de Egipto», escribió. «Restableceremos la antigua ruta a través de Suez». Desde El Cairo le envió una carta a Tipu, el sultán del reino de Mysore, en respuesta a la petición de ayuda de este último frente a los in-

gleses: «Ya le han informado de mi llegada a las fronteras del mar Rojo con un ejército invencible, deseoso de liberarle del yugo de hierro de Inglaterra. ¡Que el Todopoderoso refuerce su poder y destruya a sus enemigos!».<sup>8</sup>

Sin embargo, en la batalla del Nilo del 1 de agosto, el almirante Nelson hundió casi toda la flota francesa, arruinando el plan inicial de Napoleón de usar Egipto como base segura desde la que atacar la India. Esto le obligó a cambiar de estrategia; pero nunca desistió en su intención de debilitar a Gran Bretaña queriendo conquistar lo que consideraba la fuente de su poder económico, del mismo modo que Latinoamérica –con el oro inca y azteca– lo había sido en su momento para España.

Napoleón comenzó así a planificar el ataque a la India a través de Persia y Afganistán. Ya se había firmado un tratado con el embajador persa: «En el caso de que S.M. el emperador de los franceses tuviera la intención de enviar un ejército por tierra para atacar las posesiones inglesas en la India», declaró, «S. M. el emperador de Persia, como su buen y fiel aliado, le cedería el paso».

En Tilsit, las cláusulas secretas explicaban en detalle todo el plan: Napoleón emularía a Alejandro Magno y marcharía con cincuenta mil soldados franceses de la *Grande Armée* a través de Persia para invadir la India; mientras, Rusia se dirigiría a través de Afganistán hacia el sur. El general Gardane fue enviado a Persia para intermediar con el sha y averiguar qué puertos podrían proporcionar anclaje, agua y suministros para veinte mil hombres, así como para diseñar los mapas de las posibles rutas de la invasión.\* Mientras tanto, el general Caulaincourt, el embajador de Napoleón en San Petersburgo, tenía como misión sacar adelante el plan con los rusos. «Cuanto más descabellada parecía la idea», escribió el emperador, «y mayores las intenciones de llevarla a cabo (¿y qué no podrían hacer Francia y Rusia?), más aterrorizados estaban los ingleses; causará terror en la India inglesa y sembrará confusión en Londres; y, desde luego, cuarenta mil franceses a los que Persia había concedido el paso a través de Constantinopla, uniéndose a cuarenta mil rusos que llegaban a través del Cáucaso, serían suficientes para aterrorizar Asia y conquistarla».<sup>9</sup>

\* N. del A.: En el equipaje de Napoleón, capturado en la retirada de Moscú, se encontró un portafolio que contenía «los informes, mapas y rutas elaborados por el general Gardane a petición del emperador» para la invasión de la India, que aún formaba parte de sus planes tras someter a Rusia. *NAI, Foreign, Secret Consultations*, 19 de agosto de 1825, n.ºs 3-4.



## CAPÍTULO 2

# UNA MENTE ATRIBULADA

Alexander Burnes, el hombre elegido para dirigir esta misión y el cuarto de los hijos del preboste de Montrose, era un joven escocés de las Highlands tenaz, enérgico y muy ingenioso. Tenía el rostro ancho, la frente amplia, los ojos profundamente hundidos y una expresión burlona en su boca que delataba tanto su carácter curioso como su sentido del humor, rasgo que compararía con su primo, el poeta escocés Robbie Burns.<sup>62</sup>

En la Academia de Montrose, donde él y sus hermanos habían estudiado, Burnes era recordado por «liderar las aventuras más au-



Alexander Burnes, el apuesto agente escocés de los servicios de inteligencia enviado para recopilar informaciones sobre la inexistente amenaza rusa de los intereses británicos en Oriente. Cuando el libro que escribió sobre sus viajes se convirtió en un gran éxito, los rusos, que leyeron su traducción al francés, se vieron obligados a poner en marcha su propio programa de espionaje y enviaron a Vitkevitch primero a Bujará, y luego a Kabul. En Londres, las paranoias de los poderosos terminaron por conjurar justo aquello que querían evitar: el Gran Juego había comenzado.

daces», más que por cualquier logro académico; sin embargo la educación clásica que recibió despertó en él la obsesión por Alejandro Magno que lo llevará a Afganistán y al Indo por primera vez.<sup>63</sup>

Enviado a la India con su hermano mayor James a la edad de dieciséis años, con solo veintiséis, y tras haber pasado una década allí, hablaba con soltura farsi e hindustaní; también había perfeccionado el estilo de su prosa, claro y vivo, y desarrollado su antiguo interés por la historia: su primera publicación –«En el Indo», en *Transactions of the Bombay Geographical Society*– se preocupaba más de los precedentes helenísticos que de la situación política del momento.

Al igual que muchos otros protagonistas del Gran Juego después que él, la inteligencia y la habilidad de Burnes con los idiomas le valieron una rápida promoción; y a pesar de venir de una familia relativamente modesta de una parte bastante remota de Escocia, ascendió más rápido que cualquiera de sus contemporáneos, más ricos y con mejores contactos que él. También contó con las recomendaciones de su talentoso hermano James y con las conexiones que ambos tenían como miembros relevantes de la masonería.\*

Con una altura de casi 1,80 m, huesudo, enjuto e ingenioso, «seco y flaco», Burnes era un hombre ambicioso y decidido, que sabía mantener la calma en situaciones de emergencia. Sus amigos admiraban su imaginación y su agilidad intelectual: uno de ellos decía que era «agudo, despierto y rápido en la toma de decisiones, expresivo y perspicaz». Durante este viaje tuvo diversas oportunidades para poner en práctica su inteligencia y su ingenio, sobre todo cuando cruzó la frontera del Punjab y sus pesados caballos de tiro causaron sensación entre los oficiales de Ranjit Singh. «Por vez primera –escribía Burnes– había expectativas de que un caballo de tiro fuera al galope, a medio galope y de que realizara todos los movimientos de un animal más ágil».

\* N. del A.: Es en un libro escrito por James Burnes, *A Sketch of the History of the Knight's Templars* (1840), donde se asocian por primera vez los masones con los templarios y la capilla de Roslyn, cerca de Edimburgo. Esta obra es la gran precursora de una ola de despropósitos muy populares tales como *El enigma sagrado* y *El código Da Vinci*.

Burnes y sus regalos fueron recibidos con gran pompa en Lahore el 18 de julio de 1831. Una escolta ecuestre y un regimiento de infantería fueron enviados a su encuentro. «La carroza, que era un magnífico vehículo, encabezaba la procesión», escribió, «y detrás de los caballos de tiro íbamos nosotros mismos montados en elefantes, en compañía de los oficiales del maharajá. Desfilamos a lo largo de las murallas de la ciudad y entramos a Lahore por la puerta del palacio. Las calles estaban flanqueadas por jinetes, artilleros e infantes que nos saludaban al pasar. La multitud reunida era inmensa; sentados en los balcones de las casas, guardaban un silencio respetuoso». Nos condujeron, a través del patio exterior del antiguo fuerte mogol, hacia la entrada del *Diwan-i-Khas*, la sala de audiencias de mármol decorada con arcadas. «Mientras me agachaba para descalzarme», escribió Burnes, «de repente me vi abrazado con fuerza por un hombre avejentado y de baja estatura».<sup>64</sup>

Era Ranjit Singh, el León del Punjab en persona. Cogiendo a Burnes de la mano, lo llevó al patio donde «todos nosotros fuimos sentados en sillas de plata delante de su alteza». Habían pasado ya más de treinta años desde que Ranjit Singh había llegado al poder tras ayudar a Shah Zaman a salvar sus cañones del barro del Jhelum, y trece desde que Shah Shuja había huido de la hospitalidad forzosa de Ranjit a través de los desagües de la ciudad. Desde entonces, el líder sij había aprovechado la oportunidad presentada por la guerra civil afgana para anexionarse la mayor parte de las tierras al este del Indo del Imperio durrani y levantar en su lugar un Estado sij rico, fuerte, centralizado y bien gobernado. En paralelo a la formación de un potente ejército, Ranjit modernizó la burocracia y organizó una formidable red de espionaje, cuyos informes a veces compartía con Wade en Ludhiana.

Los ingleses se llevaban bien, a grandes rasgos, con Ranjit Singh, pero nunca perdían de vista el hecho de que su ejército era la última fuerza militar de la India que podía enfrentarse a la Compañía en el campo de batalla: en torno a 1830, la Compañía había apostado a lo largo de la frontera del Punjab<sup>65</sup> a casi la mitad del Ejército de Bengala, que sumaba más de treinta y nueve mil soldados. Por lo tanto, era de extrema importancia que Burnes estableciera buenas relaciones con Ranjit.

Un par de meses antes de la llegada de Burnes a Lahore, el viajero francés Victor Jacquemont realizó un retrato muy revelador del maharajá, al que describía como un canalla encantador e inteligente: tan despreciable en el ámbito privado como admirable en sus actuaciones públicas. «Ranjit Singh es un viejo zorro», escribió, «comparado con él, el más astuto de nuestros diplomáticos es todo un ingenuo [...]». Jacquemont dio cuenta de una serie de encuentros con el maharajá:

«Conversar con él es una tortura. Es quizá el primer indio curioso que he conocido, pero su curiosidad compensa con creces toda la apatía de su nación. Me formuló cien mil preguntas sobre la India, los ingleses, Europa, Bonaparte, el mundo en general y el más allá, el infierno y el paraíso, el alma, Dios, el diablo y mil cosas más [...]». Ranjit Singh lamentó que las mujeres «ya no le dieran más placer que el que obtenía de mirar las flores de su jardín».

Para mostrarme las buenas razones que tenía para estar angustiado, ayer, en medio de toda su corte –es decir, en campo abierto, en cuclillas sobre una hermosa alfombra persa y rodeados por unos cuantos miles de soldados–, quién lo iba a decir, el viejo libertino envió a buscar a cinco jóvenes de su serrallo, las ordenó que se sentaran frente a mí y, sonriendo, me preguntó sobre qué pensaba de ellas. Dije con toda sinceridad que las consideraba muy hermosas, lo cual no era ni una décima parte de lo que realmente pensaba [...]

Jacquemont también señaló que el maharajá «sentía verdadera pasión, casi obsesión, por los caballos; había librado las más costosas y sangrientas guerras para hacerse con un caballo que algún estado vecino se había negado a venderle o darle [...]. Es también un canalla desvergonzado que alardea de sus vicios, como hizo Enrique III en nuestro país [...] A menudo, las buenas gentes de Lahore han podido ver a Ranjit montado en un elefante y dando rienda suelta al menos inocente de los placeres con una mujer pública musulmana [...]».<sup>66</sup>

Burnes quedó tan fascinado por Ranjit Singh como le había sucedido antes a Jacquemont, y pronto se convirtieron en buenos amigos: «Nada podía superar la amabilidad del maharajá», escribió. «La conversación se mantuvo sin interrupción durante la hora y media que duró la entrevista: me preguntó, sobre todo, por la profundidad del Indo y sobre la posibilidad de navegar en él». Luego se inspeccionaron los caballos y el carruaje: «La visión de los caballos despertó en él un gran asombro; su tamaño y color fueron de su agrado: decía que eran pequeños elefantes y, cuando pasaron en fila delante de él, llamó a los diferentes *sardars* (señores, líderes sij) y oficiales para que pudieran admirarlos».<sup>67</sup> De hecho, tal fue la satisfacción de Ranjit con sus presentes, y con la carta de lord Ellenborough que los acompañaba, que ordenó una salva de artillería sin precedentes: sesenta cañones, cada uno disparando veintiuna veces, para que el pueblo de Lahore no dudara de su entusiasmo por su nueva alianza con los ingleses.



## CAPÍTULO 3

# COMIENZA EL GRAN JUEGO

La guerra fría entre Rusia y Gran Bretaña en la Persia de la década de 1830 se volvió particularmente gélida en marzo de 1833, con la llegada a Teherán del refinado conde Ivan Simonitch. Como los oficiales franceses que habían llegado a la corte de Ranjit Singh, Simonitch era un veterano napoleónico que buscaba ampliar horizontes tras Waterloo y el exilio de Napoleón. Originario de Zara –una ciudad al sur de Trieste, en la costa dálmata de la Croacia moderna–, Simonitch se unió a la *Grande Armée* justo a tiempo para la invasión de Rusia y, como tantos otros, fue capturado por las fuerzas de zar en la desastrosa retirada invernal de Moscú. Cuando fue liberado, su tierra natal había sido absorbida por el Imperio austriaco y decidió cambiar de bando y unirse al ejército ruso. Se le confirió el rango de comandante y fue destinado al Regimiento de Granaderos Georgiano, donde luchó con valentía en las guerras ruso-persas. Tras ser gravemente herido por una bayoneta durante una carga contra la guardia real persa, fue ascendido a teniente general por su valentía al haber mantenido su posición pese a sus heridas. Poco después se casó con una viuda de dieciocho años, la princesa Orbeliani, «la mujer más bella de Georgia», y se convirtió rápidamente en uno de los principales personajes de la administración rusa de Tiflis.<sup>4</sup> Enviado a Teherán como embajador, pronto aventajaría en su misión a su homólogo británico, *sir* John MacNeill, que era tan declarado rusóphobo como Simonitch, tenaz antibritánico.

Desde la llegada de Rawlinson y su delegación militar, Simonitch había conseguido ganarse la confianza del sha y ser más influyente que el impasible MacNeill, el antiguo doctor del Consulado originario de las Hébridas Occidentales, que resultó no ser rival para Simonitch ni en sofisticación ni en estrategia. En 1837, Simonitch persuadió hábilmente al recién coronado monarca para utilizar sus tropas –armadas por los británicos– en otro ataque sobre la disputada ciudad de Herat, y le ofreció un sueldo de cincuenta mil tomanes de oro y la condonación de su deuda a cambio de que le permitiera que se estableciese un consulado ruso en Herat una vez se completase la conquista. Fue una brillante estratagema: estimular sus ambiciones de tal modo que estas amenazasen los intereses británicos en la India y utilizar los regimientos que habían sido formados por los británicos en contra de los propios intereses de sus entrenadores y proveedores. De este modo, Simonitch esperaba utilizar al sha como

marioneta del zar; aunque, en realidad, el nuevo monarca, Mohamed II, llevaba obsesionado desde hacía mucho con la reconquista de Herat –incluso la mencionó en su discurso de coronación– y no necesitaba ningún estímulo ruso para querer tomar la ciudad.<sup>5</sup>

Simonitch también prometió el apoyo ruso a un tratado de defensa mutua entre el sha y los medio hermanos barakzais de Dost Mohammad de Kandahar. Simonitch era plenamente consciente del efecto que esto tendría sobre la paranoia de los británicos. En 1841, cuatro años más tarde, recordó esta victoria en sus memorias y se jactó de haber transformado a Persia en el «fantasma» que quitaba el sueño a los miembros del Gabinete de Londres, que eran conscientes de la facilidad con la que Rusia podría encender la mecha del Indostán desde Herat. «Para que la India ardiera, Rusia solo tenía que desearlo», escribió.<sup>6</sup>

A MacNeill no le quedó otra alternativa que sentarse en su estudio de Teherán y escribir a toda prisa un panfleto alarmista que publicó de forma anónima bajo el título de: «The Progress and Present Position of Russia in the East». «El único país en Europa que trata de ampliar sus fronteras a expensas de sus vecinos es Rusia», declaró tajantemente. «Hasta la fecha, solo Rusia amenaza con derribar tronos, subvertir imperios y reprimir naciones independientes [...]. La integridad y la independencia de Persia es necesaria para garantizar la seguridad de la India y de Europa; cualquier intento de subvertir la primera, supondrá un duro golpe para la segunda y un inequívoco acto de hostilidad hacia Inglaterra». Esta pasional diatriba ignoraba el hecho evidente de que la expansión de las posesiones británicas en la India había continuado sin interrupción a lo largo de la primera mitad del siglo XIX, y que había devorado mucha más tierra y derrocado muchos más tronos que cualquier ofensiva rusa; pero el libro fue igualmente bien recibido y muy leído en Londres, y contribuyó a que Westminster se reafirmara en la certeza de que un gran enfrentamiento con Rusia en Persia y Afganistán era inminente.<sup>7</sup>

Sin embargo, y a pesar de la visión más cauta del zar Nicolás y sus ministros de San Petersburgo, MacNeill tenía razones para afirmar que su rival, el conde Simonitch, sí tenía otras ambiciones estratégicas, entre las cuales se encontraba su deseo de establecer una base rusa en Herat, a solo seis semanas de marcha de la frontera británica en Ludhiana. Los espías de MacNeill, del Consulado ruso de Teherán, le habían en-



Akbar Khan, el más inteligente y capaz de los hijos de Dost Mohammad, representados en esta imagen.

viado unos informes algo confusos hacía poco tiempo: «historias absurdas sobre un príncipe moscovita», al frente de un ejército de diez mil hombres, y al que, decían, aguardaban en la frontera de Irán para que acudiese en ayuda de los persas en su asedio a Herat. Las informaciones no eran claras, pero parecían indicar la posibilidad de algún movimiento ruso en Afganistán a través de Persia. Rawlinson se dio cuenta de que el oficial de pelo rubio que dirigía la tropa de cosacos con la que acababan de cruzarse «podría ser el hombre en cuestión [...]». Por supuesto, esto despertó mi curiosidad. En los momentos previos al sitio de Herat, el mero hecho de ver a un caballero ruso que atravesaba Jorasán era sospechoso. En este caso, además, su deseo de pasar desapercibido era evidente [...] y decidí que era mi deber tratar de resolver el misterio».<sup>8</sup>

Rawlinson hizo que su escolta diese media vuelta: «A cierta distancia, seguí el rastro del grupo a lo largo del camino principal, y luego descubrí que se habían bifurcado hacia un desfiladero entre las colinas. Ahí fue donde nos cruzamos con ellos, cuando se encontraban desayunando sentados al lado de un riachuelo de aguas claras y cristalinas. El oficial –que era fácil de distinguir– era un joven de físico delicado, de tez muy

blanca, con los ojos brillantes y con expresión vivaz». El ruso, continuaba Rawlinson,

se levantó y se inclinó a mi llegada, pero no dijo nada. Me dirigí a él en francés –el idioma de comunicación habitual entre los europeos en Oriente–, pero negó con la cabeza. Entonces le hablé en inglés y me respondió en ruso. Cuando probé con el farsi, pareció no entender una palabra; por último se expresó con vacilación en turcomano o turco uzbeko. Yo podía mantener una conversación muy básica en esa lengua, pero no saciar mi curiosidad con tales rudimentos. Y esto era precisamente lo que mi amigo quería, porque cuando descubrió que yo no tenía fluidez con el chagatai, prosiguió en turco lo más rápido posible. Todo lo que pude averiguar fue que era un auténtico oficial ruso y que llevaba regalos del emperador (ruso) a Mohammad Shah (el soberano persa). No quiso decir más; así que, tras fumar otra pipa con él, subí de nuevo a mi caballo.<sup>9</sup>



## CAPÍTULO 4

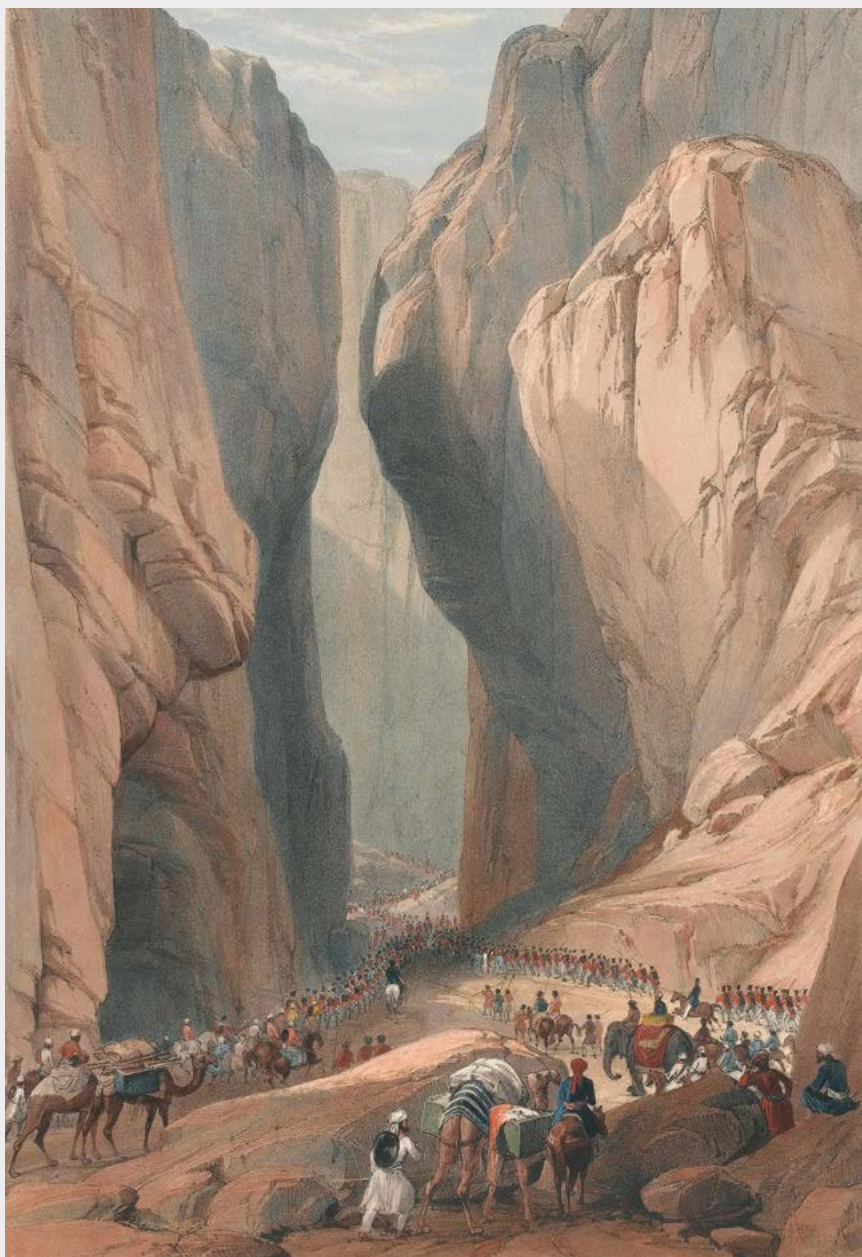
# LA BOCA DEL INFIERNO

Al pasar las cegadoras salinas blancas de Dhadar, la calma de las planicies del desierto dio paso lentamente a las laderas de las estribaciones montañosas. Estas se extendían hasta los perfiles plateados, parecidos al espinazo de un dragón, que se elevaban en la distancia, por encima de una tormenta de arena estival: eran las grandes montañas del sur de Afganistán. El paisaje era seco, color ceniza y tan árido como antes, pero la pendiente se hacía cada vez más escarpada y tortuosa hasta llegar al gran embudo del oscuro paso de Bolán, que se abrió de improviso frente a las tropas.

En los primeros seis kilómetros, de los cien que tenía el paso, el desfiladero era tan estrecho que los camellos debían avanzar de uno en uno. Fue entonces, a medida que los cascos de los inquietos caballos traqueteaban por encima de las rocas desprendidas, que bloqueaban el cauce seco del río, cuando las bajas empezaron a multiplicarse debido a los errores de los comandantes: los asfixiantes uniformes de invierno de la infantería daban demasiado calor en las sofocantes temperaturas del verano y en un ascenso tan pronunciado; y, aunque las paredes verticales del acantilado, al principio, protegían a los cipayos de la radiación directa del sol, las rocas reflejaban el calor en sus rostros como si de un horno abierto se tratara. Durante el día, los termómetros de las tiendas mal ventiladas alcanzaron los cuarenta y ocho grados.

Entrada al paso de Bolán desde Dadur. En la primavera de 1839, el denominado Ejército del Indo, un contingente angloindio de doce mil hombres a las órdenes de *sir* John Keane, atravesó el paso de Bolán y capturó Kandahar. La invasión tenía como objetivo sustituir a Dost Mohammad por Shah Shuja, considerado más probritánico.

Transportar la artillería por esos caminos, que no habían sido debidamente inspeccionados ni acondicionados por los ingenieros militares, era casi imposible. En un primer momento, ocho caballos y una fila de cipayos con sogas tiraban de cada cañón. Luego, cuando el camino se volvió más empinado y pedregoso,



so, los cañones tenían que ser desmontados y cargados a pulso: «Cada cañón, cada carreta, cada carro, etc., debían ser transportados por piezas y a mano», relataba el comandante William Hough. «La subida era tan empinada que algunos no querían hacerla a caballo. Unos cuantos camellos cayeron y bloquearon a los que iban detrás [...]. En lo más alto del paso, el convoy del equipaje sufrió un agresivo ataque (de los baluchis); se llevaron cuarenta y nueve cargas de grano portadas por los camellos [...]. (La retaguardia) encontró los cuerpos mutilados de muchos civiles del séquito del ejército por el camino».<sup>34</sup>

Por la noche, el aire estaba preñado de gemidos de camellos y civiles moribundos. Muchos cipayos también se derrumbaron: agonizantes, pedían agua, mientras daban boqueadas del aire enrarecido, seco y caliente, solo para que les dijeran que no quedaba más. Además de todo esto, «el hedor de los camellos muertos hizo que nuestras vidas se convirtieran en un infierno», escribió Seaton. «No tengo palabras para describir todos los sufrimientos causados por el calor, el polvo, el viento del desierto y la miríada de moscas. El campamento olía como un osario. Nadie podía dar más de tres pasos sin encontrarse con un hombre o animal muerto o moribundo».<sup>35</sup>

La falta de víveres significaba que la comida de los soldados tenía que reducirse de nuevo: pasaron de medias raciones a cuartos de ración. El séquito del ejército se tuvo que conformar con comer «las pieles fritas de las ovejas, la sangre coagulada de los animales y las raíces que encontraban en los alrededores».<sup>36</sup> Los incidentes ocasionales de violencia salvaje enervaban a todo el mundo. El 3 de abril, William Hough anotó en su diario: «Dos sargentos de artillería, uno trepanado mientras estaba de caza, el otro mutilado mientras esnifaba una pizca de tabaco».<sup>37</sup> Muchos caballos, demasiado débiles para continuar, tuvieron que ser sacrificados, mientras que gran parte del equipaje fue abandonado y quemado, para evitar que cayera en manos de los baluchis.<sup>38</sup>

«Era la boca del infierno», recordaba el cipayo Sita Ram.

El agua de los pocos pozos existentes era amarga y todo lo demás, incluso la leña, había de transportarse en camellos. Los baluchis empezaron entonces a atacarnos por la noche y a ahuyentar a nuestros camellos. El

calor era tal que muchos murieron como resultado de sus efectos: en un solo día hubo treinta y cinco víctimas. En estos momentos, los cipayos de la Compañía estaban casi decididos a regresar a la India y hubo algunos síntomas de rebelión en varios de los regimientos. Sin embargo, el avance de las tropas, gracias tanto a la promesa de Shah Shuja de ofrecer generosas recompensas, como por el temor a los baluchis, cada vez más numerosos, continuó su curso. Los miembros de las tribus asesinaron a mucha gente. Mataban siempre que tenían oportunidad y arrojaban grandes rocas montaña abajo.<sup>39</sup>

Mirza 'Ata escribió que los miembros del séquito de Shah Shuja tuvieron la suerte de sobrevivir al conseguir evitar la lluvia de balas que los francotiradores baluchis, escondidos en las fallas y grietas de las rocas, lanzaron sobre ellos. «El ejército entró en los desfiladeros del paso de Bolán», escribió.

El paso era accidentado y pedregoso, rodeado de cimas montañosas que rozaban el cielo: el ejército lo observaba con consternación y los baluchis de las montañas no tardaron en comenzar los ataques y saqueos. Se perdieron miles de animales de carga, camellos, caballos y elefantes, al igual que sus respectivos cargamentos.

Cruzar el paso fue en extremo complicado: dos meses antes, los ingleses habían enviado dos cañones y miles de asnos, a los que habían tenido que arrastrar con cuerdas, de uno en uno, cargados de pólvora para despejar la ruta; el transporte del resto de los suministros entrañó la misma dificultad y causó la pérdida de un gran número de camellos, caballos y bueyes, así como de soldados, que murieron por falta de agua y comida; todo esto sin mencionar el material militar que fue saqueado. Pasaron tres días y tres noches en aquel desfiladero infernal desprovisto de agua y los suministros eran tan escasos que ni siquiera era posible conseguir medio *seer* de harina por una rupia de oro.<sup>40</sup>



## CAPÍTULO 5

# EL ESTANDARTE DE LA GUERRA SANTA



Soldados de infantería afganos, en armas contra la ocupación inglesa, disparan sobre la posición indefendible del acantonamiento británico con sus certeros *yezails*.

Pero había más nubes en el horizonte: de regreso a la India, al descender el paso Jáiber; la retaguardia de un regimiento sufrió una emboscada en la que todos los hombres fueron masacrados y donde se perdieron ciento cincuenta camellos de carga; poco después, la guarnición de Ali Masjid tuvo que ser evacuada y trasladada a Peshawar.<sup>41</sup> Al mismo tiempo, un oficial veterano, el coronel Herring, era asesinado por un grupo de afganos mientras paseaba por Vardak. Había desobedecido las órdenes y se había desviado del camino para charlar con algunos locales en una colina: estos lo cortaron en pedazos. «Tu- vimos la mala suerte de encontrar su cuerpo», escribió Thomas Seaton. «Fue un escena terrible; había sido mutilado de la manera más espantosa y, excepto por los puños de su camisa, toda su ropa estaba hecha jirones. El cuerpo estaba prácticamente cortado en dos a la altura de los riñones, tenía un incisión muy profunda sobre el pecho y las costillas. Contamos un total de dieciséis o diecisiete heridas, a cual más letal».<sup>42</sup> A pesar de todo, el país estaba en calma. Una vez que los jefes ghilzais recibieron los subsidios de Macnaghten, cumplieron su parte del trato: según relata el *Tarikh-i-Sultani* [Crónica de los Sultanes], «la ruta entre el paso Jáiber y Kabul estaba infestada de bandidos y ladrones que amenazaban a todos los caminantes y viajeros. Sin embargo, cuando los kanes ghilzais asumieron el control de la zona, desaparecieron las amenazas y reinó la paz durante el resto del invierno».<sup>43</sup>

Más preocupantes resultaban, sin duda, las noticias que llegaron desde Bujará, en las que Khan Nazir Ullah informaba de que los rusos habían finalizado ya con los preparativos para invadir Jiva: «Han reunido un gran número de camellos, carros y barcos a la orilla del mar Caspio», escribió. «Van a transportar su ejército y provisiones por mar hasta los alrededores de Kir, a unos tres días de distancia de Jiva».<sup>44</sup> Sin saber que Dost Mohammad se encontraba arrestado en Bujará, Macnaghten temió que los rusos estuvieran conspirando de nuevo con el emir con el fin de instalarlo en Herat, que ahora se encontraba «relativamente indefensa».<sup>45</sup>

Burnes fue el único en darse cuenta de que el movimiento ruso era simplemente una respuesta directa a la agresión británica sobre Afganistán. «Rusia ha desplegado sus tropas para contrarrestar nuestra política», escribió a su amigo el capitán G. L. Jacob. «Nuestro avance sobre Kabul va a acelerar el inicio de una nueva crisis». Ya en estos momentos, y de forma muy intuitiva, Burnes comprendió lo fugaz que sería una ocupación, fuera rusa o inglesa, de un pueblo tan independiente como los afganos: «Inglaterra y Rusia se repartirán Asia», escribió proféticamente, «los dos Imperios se expandirán, como círculos en el agua, hasta que se desvanezcan; las generaciones venideras buscarán sus restos en estas regiones como ahora hacemos con los de Alejandro y sus griegos».<sup>46\*</sup>

Muestras de realismo como esta brillaron por su ausencia durante el invierno de 1839-1840. Incluso en algunos círculos se debatía la idea de anexionar Afganistán de manera permanente; se hablaba de trasladar la capital de verano del Raj de la inaccesible Simla –en la cordillera del Himalaya– a los ricos jardines del valle del Kabul, como ya hicieron los mogoles en su día: cada mayo, abandonaban Delhi y Agra por Cachemira y los hermosos jardines de Nimla, cerca de Jalalabad.<sup>47</sup> Tal exceso de confianza pronto los llevó a cometer una serie de errores estratégicos de gran calado.

\* N. del A.: El ataque ruso a Jiva terminó tan desastrosamente como lo haría la retirada británica de Kabul, con Perovsky perdiendo la mitad de sus camellos y casi la mitad de sus hombres a causa de las tormentas invernales de Asia Central. Este revés postergará las ambiciones rusas sobre la estepa durante una generación: los rusos no conquistarán Jiva hasta 1872, al igual que el ejército británico no regresaría a Afganistán hasta casi cuarenta años después. *Vid.* Alexander Morrison, *Twin Imperial Disasters: The Invasion of Khiva and Afghanistan in the Russian and British Official Mind, 1839-1842*, Cambridge, Cambridge University Press, online).

## CAPÍTULO 6

# «FRACASAMOS POR NUESTRA IGNORANCIA»

La resistencia frente los británicos se afianzaba en todo el país. El régimen anglo-sadozai mantenía solo algunos de sus apoyos en Kabul, pero, incluso allí, la popularidad de Shuja se desmoronaba. Según Maulana Kashmiri:

El pueblo estaba oprimido por la violencia  
de los *firangis*  
El pueblo sufría la arrogancia de los *firangis*

No quedaba ni un ápice de honor en la ciudad  
No había ley ni orden

Los kanes habían caído en desgracia  
Como la tierra mezclada con el agua  
Cuando Kabul fue golpeada por el terror y  
las adversidades  
Manchada de sangre y apaleada

En cada hogar recordaban la justicia del emir  
Día y noche anhelaban la vuelta del emir.<sup>23</sup>

En estos momentos, la mayoría de los oficiales británicos reconocía que el régimen anglo-sadozai estaba fallando –eran muy pocos los que adoptaron una actitud tan desdeñosa y presuntuosa como la de Macnaghten–, aunque ninguno se ponía de acuerdo en las decisiones que había que adoptar para dar un vuelco a la situación. Desde Londres, John Cam Hobhouse –presidente del Consejo de las Indias y amigo íntimo de juventud y compañero de viaje de lord Byron– argumentó que era indispensable incrementar drásticamente el número de tropas: o se renunciaba al control de Afganistán, o se aseguraba su dominio por la fuerza. Adujo que, para lo segundo, había que reforzar la ridícula guarnición a la que se habían visto reducidos tras la rendición de Dost Mohammad Khan; también debían aumentarse el gasto y la inversión, así como ejercer un mayor control sobre el gobierno afgano. Era esencial dejar claro que «los británicos son los dueños del país», y Shuja debía obedecer todas las órdenes que se le dieran. Para él, una retirada era inaceptable.<sup>24</sup>

Burnes era uno de los partidarios de apartar a Shuja del poder y reformar su gobierno corrupto. En agosto de 1840, justo antes de que Dost Mohammad se entregara, escribió un memorándum a Macnaghten en el que expresaba su opinión sobre el gobierno del sha, al que consideraba ineficaz, impopular y muy

costoso, y donde apuntaba que una mayor injerencia británica en la administración era la única manera de salvar el régimen. Si bien él no estaba a favor de la anexión completa del país y tenía claro «que nunca pacificarían Afganistán a punta de bayoneta», también señaló que muchos de sus colegas barajaban la incorporación del Punjab y Afganistán al Raj como la mejor solución posible.<sup>25</sup>

En su correspondencia privada, Burnes era bastante más cáustico y apuntaba a Auckland y a Macnaghten como los principales culpables de la situación. «Aquí reina una estupidez absoluta», escribió a su cuñado Holland.<sup>26</sup> Casi al mismo tiempo, le comentaba a su hermano mayor lo siguiente: «Controlamos las ciudades, pero no nos hemos ganado ni las áreas rurales ni a sus gentes; tampoco hemos hecho nada por consolidar nuestro poder en Afganistán. En estos momentos, si lord A quisiera, podría tomar Peshawar y Herat, restaurar la monarquía afgana y dotarla así de recursos para sus gastos –y aliviar las arcas de la India–, pero no va a hacer nada. Su lema es: “Après moi le déluge [Después de mí, el diluvio]”. Quiere volver a casa, pero tiene miedo de que todo lo que ha hecho se vuelva en su contra».<sup>27</sup>

Macnaghten, mientras tanto, optaba por una tercera vía: seguía dándole vueltas a la idea de reafirmar la autoridad de Shuja, quizá solo para irritar a Burnes. Sin embargo, al igual que este, quería expandir las fronteras del régimen y atacar Herat, porque creía –y esta vez estaba en lo cierto– que Yar Mohammad estaba incitando a las tribus a levantarse contra los británicos. También deseaba anexionar y «macadamizar» el Punjab, así como avanzar hacia el norte, más allá de Bamiyán, y controlar los territorios uzbekos de Mir Wali; de este modo, la frontera de los dominios de Shuja se fijaría a orillas del Oxus, lo que permitiría frenar cualquier avance ruso sobre Asia Central.<sup>28</sup>

Pero todos estos ambiciosos planes, que implicaban aumentar el control británico sobre la región mediante una mayor presencia militar, se vieron frustrados porque las arcas de Calcuta estaban casi agotadas. La ocupación de Afganistán estaba siendo muy costosa: en 1841, los gastos anuales ascendieron a la colosal cifra de dos millones de libras esterlinas, mucho más que lo presupuestado en un inicio y que los beneficios que a la Compañía de las Indias Orientales le granjeaba el comercio de opio y de té.





El célebre óleo de *lady* Butler, *Los restos de un ejército*, retrata al doctor Brydon en el momento en el que este llega a las murallas de Jalalabad a lomos de su caballo y al borde del colapso.

En febrero de 1841, el responsable del departamento de cuentas encargado de las finanzas de Calcuta se vio obligado a enviarle a Auckland malas noticias: en seis meses las arcas de la India estarían completamente agotadas.<sup>29</sup> Auckland empezó a ser consciente de la magnitud del problema en marzo. «Dinero, dinero y más dinero; esa es nuestra primordial y única preocupación», escribió a Macnaghten. «No puedo asegurarle cuánto tiempo podremos soportar este nivel de gastos; si seguimos a este ritmo, tendremos que declararnos en bancarota».

Cuando *sir* John Keane, el comandante en jefe, recibió la contabilidad, se sintió igualmente abatido. «Estamos metidos en un buen lío», anotó en su diario el 26 de marzo de 1841. «Ese país nos cuesta más de un millón al año y, en realidad, solo podemos contar con la lealtad de sus gentes hasta donde alcanzan nuestras armas y caballería [...]. Todo se va a venir abajo porque no podemos asumir un coste tan enorme tanto en tropas como en dinero». Unos días más tarde añadió: «No es sostenible sangrar 1 250 000 libras anuales a la India para mantener una simple frontera rocosa que requiere de 25 000 hombres y cuantiosos gastos».<sup>30</sup>

## CAPÍTULO 10

# UNA GUERRA SIN SENTIDO

Al final de *Kim*, Kipling puso en boca de su héroe epónimo las siguientes palabras: «El Gran Juego solo terminará cuando todos estén muertos. Nunca antes».

En la década de 1980, la retirada de los rusos tras su fallida ocupación de Afganistán fue el principio del fin de la Unión Soviética. Menos de veinte años después, en 2001, tropas británicas y estadounidenses llegaban a Afganistán, donde, desde ese momento, comenzarían, sin ellos saberlo, a perder la que para los ingleses suponía su cuarta guerra en el país. Como en ocasiones anteriores, al final, y a pesar de los miles de millones de dólares invertidos, de la formación de un ejército de tropas afganas y del armamento infinitamente superior de los ocupantes, la resistencia afgana venció: de nuevo consiguió acorralar a los *kafirs* y forzarlos a una humillante retirada. En ambos casos, las tropas de ocupación perdieron la voluntad de continuar luchando a ese precio y con tan escasos beneficios.

A pesar de las diferencias, encontramos grandes paralelismos entre la ocupación de Afganistán del siglo XXI y la de 1839-1842. El papel fundamental que jugó la geografía política en la evolución de ambos conflictos es innegable. Un primer asunto tiene que ver con la importancia estratégica de Kabul, una ciudad equidistante de la población tayika de Kohistán y de los ghilzais orientales. Pero, además, hay que tener en cuenta la cuestión tribal: otro gobernante popalzai carente de una base de poder real, Hamid Karzai –que, curiosamente, pertenecía a la misma subtribu que Shah Shuja–, tuvo que enfrentarse a los ataques de una guerrilla liderada por los ghilzais orientales, que hoy en día constituyen el grueso de los combatientes talibanes y están dirigidos por Mullah Omar, otro líder tribal ghilzai del clan gobernante de los hotakis.\*<sup>153</sup>

En mis largas estancias en Afganistán, en 2009 y 2010, durante el proceso de investigación para escribir este libro, me marqué dos objetivos principales. En primer lugar, quería localizar las fuentes afganas sobre la guerra que, aunque tenía la certeza de su existencia, eran muy difíciles de encontrar; finalmente son la que he usado en esta obra. En segundo lugar, estaba deseando visitar todos los lugares y paisajes de la Primera Guerra Anglo-Afgana que pudiera, en un contexto

en el que el control de la FIAS\*\* sobre Afganistán era cada vez más reducido. En 2010, los talibanes contaban con una fuerte presencia en más del setenta por ciento del país, mientras que el gobierno de Karzai solo tenía asegurados veintinueve de los ciento veintidós distritos estratégicos del país. Además, la mayor parte de la ruta que habían tomado los ingleses durante la retirada de enero de 1842 –que sabía que tendría que recorrer si quería hacerme una idea de la geografía sobre la que iba a escribir– se encontraba dentro de ese setenta por ciento del territorio. Me interesaba de manera particular llegar a Gandamak y poder ver el enclave en el que los británicos libraron su última batalla.

La ruta de la retirada de 1842 lleva hasta la cordillera que conduce a Tora Bora y a la frontera pakistaní, es decir, al corazón del territorio de los ghilzais que, junto con Quetta, ha sido siempre el principal campo de reclutamiento talibán. Como me aconsejaron que no intentara visitar la zona sin protección local, me acompañó un líder tribal de la región, que además era uno de los ministros del Gobierno de Karzai, un hombre muy corpulento llamado Anwar Khan Jagdalak: campeón de lucha libre en su localidad y, posteriormente, capitán del equipo olímpico afgano de lucha que, en la década de 1980, alcanzó cierta fama por ser el comandante de los muyahidines del Jamiati Islami durante la yihad contra los soviéticos.

Los antepasados ghilzais de Anwar Khan Jagdalak fueron quienes causaron el mayor número de bajas entre las filas del ejército británico de 1842, algo que este repitió con orgullo en varias ocasiones mientras recorríamos los mismos pasos donde ocurrieron los hechos. «Nos obligaron a tomar las armas para defender nuestro honor», me dijo. «Así que tuvimos que matar a cada uno de esos bastardos». Nada de esto, por cierto, impidió que Jagdalak enviara a su familia lejos de Kabul, en pos de la seguridad de Northolt, al norte de Londres.

El día que íbamos a visitar Gandamak, recibí instrucciones de presentarme a las siete de la mañana en el ministerio de Jagdalak, situado en el centro del distrito administrativo ahora conocido como Wazir Akbar Khan. Tras abrirme camino entre los puestos de con-

\* N. del A.: Mullah Omar es descendiente lejano del primer gobernante afgano del sur de Afganistán, Mir Waiz Hotaki.

\*\* N. del A.: La Fuerza Internacional de Asistencia para la Seguridad fue establecida por las Naciones Unidas en 2001 y en 2003 pasó a estar bajo la autoridad de la OTAN.



trol y las alambradas que rodean el edificio, encontré a Jagdalak y a su omnipresente falange de guardaespaldas –con sus ruidosos *walkie-talkies* y los fusiles de asalto cargados– que lo metían a trompicones en un convoy de vehículos fuertemente blindados.

Jagdalak se puso al volante, mientras que camionetas repletas de guardias de seguridad afganos, armados hasta los dientes, nos seguían de cerca. A medida que atravesábamos la capital, el fracaso de la ocupación actual se hacía cada vez más patente a nuestro alrededor. Kabul sigue siendo una de las capitales más pobres y caóticas del mundo. A pesar de que Estados Unidos se gastara alrededor de ochenta mil millones de dólares en el país, casi todo ese dinero se invirtió en defensa y en seguridad; en cambio, las carreteras de

Kabul son todavía más intransitables que, por ejemplo, los pueblos de las provincias más abandonadas de Pakistán. No había iluminación en las calles y, aparentemente, tampoco un servicio de recogida de basuras. Según Jagdalak, esa era solo la punta del iceberg. A pesar de todos los esfuerzos de una docena de países y de un millar de agencias a lo largo de más de una década, desde 2001, en Afganistán sigue reinando el caos: una cuarta parte de los maestros en Afganistán son analfabetos; en muchas zonas, la autoridad del estado es casi inexistente, la mitad de los gobernadores no cuentan con una oficina y muy pocos de los que sí la tienen disponen de electricidad en ella. Además, los funcionarios públicos carecen por completo de educación y de conocimientos básicos.



### Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - [comunicacion@despertaferro-ediciones.com](mailto:comunicacion@despertaferro-ediciones.com)

[www.despertaferro-ediciones.com](http://www.despertaferro-ediciones.com)



# DOSIER DE PRENSA

